

DE MADRID Á BILBAO Y SAN SEBASTIAN.



Son ciudades hermanas: ¡pero de cuán distintos carácter, aspecto y fisonomía!

La ciudad del hierro es una fragua de cíclopes y es un pedazo de Londres trasladado á las orillas del Nervión.

Allí se han congregado y fundido energías potentes que han desarrollado actividad maravillosa y no ménos maravillosa riqueza.

Bizcaya, el plácido y encantado señorío, especie de Arcadia pastoril, con sus blancos caseríos desparramados por las montañas y los valles, las suaves planicies y las costas bravas de su mar tormentoso, puede estar orgullosa de su ciudad reina.

Es su corazón, es su entraña vital, y es corona que abrillanta su historia, diciendo al mundo que si en épocas pasadas fué aquella tierra pátria de navegantes y descubridores; la tierra de las virtudes sencillas y el régimen interno tan libre como sabio, hoy, sin perder esos timbres ni olvidarse de sus glorias, logra también preciados lauros en las luchas honrosísimas del trabajo y en los combates magnos de la producción.

Así el viajero queda maravillado, á la primera mirada, de aquel río, otros tiempos encenegado corral de retorcidas márgenes y empinadas riberas, por donde subían las embarcaciones hasta acercarse al Bilbao histórico, embutido y sepultado entre cerros enormes y escarpados, hoy espléndido camino por cuyas orillas corren trenes y tranvías y discurre á toda hora bulliciosa multitud.

Y allá, por uno y otro lado, talleres y fábricas y explotaciones, y rientes chalets y edificios vistosos y magníficos, y el movimiento mercantil con su mundo de fardos y montes de mineral y hierro, y aquellos hornos y aquellos arsenales, y todo aquel conjunto, en fin, que

hacen de Bilbao moderno, de la novísima joya de Bizcaya, tesoro y gloria del país euskaro y testimonio de valía y honra para la patria entera.

Yo te ví, reina del Nervion, en días bien tristes, años atrás. Cuando la malhadada discordia dividió á tus hijos, los armó del fusil fratricida y trocó tus hermoso campos y tus vastas praderas y castañares, en cementerio de vigorosos cuerpos.

Y luego te ví en hora bien solemne, cuando tu asedio cruel quedó roto; cuando se rompieron tus cadenas, se abrieron las puertas de tu prision, y pudiste vivir y pudiste respirar.

¡Hoy, qué profundamente cambiada! Ni señales quedan por tu ría de trincheras y reductos, ni rastro del estrago de los proyectiles; y el canto jubiloso llena los espacios y ocupa todos los ecos, allí en aquellas colinas mismas donde otros días atronaron los ayes desgarrados y estampidos tremendos.

Y adios, ciudad del hierro; adios, Bilbao espléndido y ruidoso, opulenta é hirviente en actividad y vigor; adios, que me voy á otra ciudad hermana tuya, albergue de magnates y alcázar casi de una reina, á la bella Easo, á la plácida y encantadora Donostia.

El camino es ya vistoso y accidentado en extremo; desde las cumbres de Alsasua, sobre todo, desde las cuales el tren se precipita Pirineo abajo, por terraplenes y túneles, por puentes y cortaduras que dan miedo; de Beasain á Tolosa y de Tolosa al valle del Urumea y las vecindades de la ciudad paraíso veraniego, y la joya del Cantábrico.

Y al asomar el tren por el túnel de Loyola, ¡qué vista más soberbia! Y al cruzar poco despues el ómnibus por el puente magnífico sobre la ría ¡qué panorama tan encantador!

Allá al pié de la Mota duerme la ciudad antigua, la histórica prisionera de las aventadas murallas, con sus calles rectas y limpias, como un tablero de damas; con sus dos templos de elegantes fachadas, y su puerto diminuto que recuerda toda una vida pasada de penuria y estrechez.

Parece San Sebastian viejo, anciana madre, postrada en un sillón, contemplando allá afuera á hijo vigoroso que corre y se dilata por uno y otro lado del río, por entrambas ensenadas y por todas las colinas circundantes.

Y se dilata ya, aquel reducido vecindario de otros días ceñido por los mares y fuertes, desde Antiguo á Pasajes casi; Pasajes arrancado á

la soledad de sus fangales y convertido hoy en puerto seguro y cómodo.

Y luego escala el de San Sebastian joven y vigoroso, las pendientes que ciñen la Concha, y por todas aquellas colinas muestra, orgulloso, hermosas viviendas, pequeños palacios, chalets hermosísimos y jardines colgados en aquellas cuevas que remedan pensiles de Babilonia.

La reina habita en lo más alto; en lo más alto debia de estar, hasta que ocupe la régia vivienda que allá en la playa opuesta se levanta y ofrece ser digna mansion de una reina.

Faltábale á San Sebastian una corona, y la reina regente se la presta por temporada.

¡Y qué movimiento de tierras y edificacion! ¡Qué maravillas de trabajo y transformacion! ¡Qué hermoso el Casino! ¡Qué magnífico el palacio, palacio verdadero el de la Diputacion!

¡Qué barriadas las de la Concha y el Antiguo, todas casi nuevas! ¡Qué metamórfosis tan completa la del camino de Pasajes y Amara, y cien sitios más!

Parece que un genio poderoso ha jugado allí con colinas y montañas, y ha sembrado á manos llenas de hermosura y magnificencia hasta convertir aquel primitivo caserío, metido en el duro corsé de los muros, en mansion de reyes y magnates, casi en cielo de dioses.

¡Manila, Filipinas! Cuando de entrambas me acuerdo, ¡con qué envidia por vosotras miro las grandezas de la ciudad del hierro, de la opulenta Bilbao, y los primores y los encantos de la hermosa Donostia!

QUIOQUIAP.

Madrid, 8 Noviembre 1890.

(Diario de Manila).

